

El proceso de construcción de la misión de San Francisco de Borja

Jonathan Larrañaga Morales
Universidad Autónoma de Baja California

Cuando el sistema misional jesuita avanzó hacia el desierto central de Baja California, se contaba con la experiencia de las misiones en el sur de la península, donde se familiarizaron con el entorno peninsular y sentaron las bases para posteriores fundaciones hacia la región del desierto central y al norte peninsular. Tras la expulsión de los ignacianos le sucedieron los franciscanos, que fueron enviados por un corto tiempo, ya que se les encomendó la evangelización hacia la Alta California. El lugar lo tomaron los dominicos, quienes permanecieron hasta el final de la época misional en Baja California.

En la primera etapa, los misioneros jesuitas se basaron en un proyecto de construcción misional, pero éste fue ajustado a las condiciones geográficas de la región. Para ello recurrieron a los conocimientos que tenían los nativos sobre el entorno; además, los elementos del complejo misional fueron definidos mediante las actividades particulares de la misión. Los franciscanos y dominicos continuaron con las obras constructivas hasta que se concluyó este proceso. Las obras arquitectónicas que resultaron de la labor de las tres órdenes formaron parte del proyecto misional de reducir los nativos a las formas occidentales.

Para ubicar esta investigación en el contexto historiográfico, encuentro que existen dos momentos diferentes en que se pueden clasificar a grandes rasgos los trabajos sobre la California de la época misional: los que en un primer momento sólo se escriben para registrar lo perceptible y dar cuenta de las actividades en el sistema misional (crónicas), y los que se basan en el análisis documental de las primeras obras escritas del proceso para reinterpretar la realidad con múltiples métodos y distintos enfoques científicos.

En referencia al tema de la construcción de las misiones, actualmente se cuenta con investigaciones principalmente de arqueólogos y arquitectos que han tratado de estudiar la cultura material producida en el siglo XVIII con distintos fines: como proyectos de restauración de las plantas arquitectónicas (los planos consultados en Aguilar 1991), o para definir la arquitectura de las misiones (Díaz 1986). El interés por la misión de San Francisco Borja me ha llevado a darme cuenta que no se han realizado trabajos en base a la relación entre las fuentes documentales y las fuentes materiales que explique la participación y los aportes de cada orden religiosa en la construcción de la misión.

Este trabajo, que forma parte de un estudio más amplio, tiene por objetivo, utilizando a la misión de San Borja como estudio de caso, hacer un análisis de las fuentes documentales para constatar la cultura material producida en el siglo XVIII, y determinar, dentro del proceso de construcción, el inicio de los trabajos misionales por los jesuitas y la redefinición del espacio misional por medio de las obras arquitectónicas que se le iban agregando al complejo misional durante la actuación de los franciscanos y dominicos.

Antecedentes

La construcción de edificios en Baja California se conoció hasta la llegada de los europeos a la península¹, quienes intentaron imponer mediante el sistema de misiones, un régimen distinto al que los nativos habían vivido, obligándoles a adoptar una rutina dirigida por la dinámica de la vida misional.

La organización del complejo misional era parte fundamental del proceso de evangelización, debido a que las misiones no eran capaces de sostener una población permanente. Los jesuitas establecieron un sistema de rotación por el cual se procuraba que los distintos grupos permanecieran por un periodo determinado en la misión para recibir la doctrina y ayudar en las diferentes labores. Dicho periodo variaba dependiendo de los recursos del establecimiento.

Las edificaciones que por primera vez se construyeron en la región, se adaptaron a las condiciones precarias del territorio en donde los misioneros tuvieron que idear nuevas fórmulas estratégicas para la permanencia del nuevo orden que querían hacer prevalecer.

Entre las principales dificultades con que se enfrentaron los extranjeros, se distinguen las características físicas de la región peninsular, el sistema hidrológico y orográfico, que fueron determinantes para el uso de los recursos y del propio suelo californiano. Desde la entrada a este territorio los misioneros empezaron a importar materiales, principalmente de la contracosta, para tratar de solucionar este problema. Sin embargo, el traer recursos de Sonora y Sinaloa (las misiones de estas regiones fueron un antecedente decisivo que marcó la entrada a las Californias) resultaba con frecuencia casi imposible trasladarlos por mar y una vez que llegaran, por tierra.²

Salvatierra, junto con nueve personas (soldados y algunos indígenas traídos desde la contracosta), erigió la primera fundación definitiva en California en 1697. Para ello, hicieron recorridos hasta encontrar un lugar apto para el establecimiento. Una vez que se localizó el sitio adecuado, realizaron los levantamientos iniciales como los describe Salvatierra en Loreto: la primera construcción misional:

Al empezar a trabajar al pie del altillo cortando palos para la ramada vinieron algunos viejos cuchimies, que se recibieron con agasajo. Y nos ayudaron y subimos los palos. Luego [hicimos] el designio [diseño] de la primera ramada e iglesia y se plantaron los horcones y, puesto el casco de la ramada, no habiendo tiempo ya para taparla de carrizo reservamos los capotes y frezadas de los pobres soldados para la madrugada [Río 1997:159].

“Madre de las misiones” se le llamó a Loreto, por ser el primer lugar definitivo en establecerse en el territorio, además de ser la punta de lanza para las posteriores fundaciones. Se pueden distinguir tres momentos en la avanzada jesuita en California: la primera con la fundación

¹ Es necesario mencionar algunas consideraciones que hace Miguel del Barco (1973:188-189) con respecto a las construcciones encontradas a la llegada de los jesuitas a California. En Cabo San Lucas y en la región del desierto central registraron pequeñas construcciones muy rudimentarias, las “chozas del norte [tenían] menos de dos varas de diámetro y, no pudiendo extenderse (los indígenas) para dormir, duermen o encogidos o medio arqueados. Otros ... no tienen chozas, y para dormir hacen ... una especie de sepultura como media vara de profunda, en donde están defendidos del aire pero a cielo descubierto ... [en otros casos] sus casas se reducen a un cercadillo de piedra sobrepuesta, en algunas partes de media vara de alto, y una en cuatro, sin más techo que el cielo”. Según explica el misionero, algunas familias tenían estas casas donde “cabían dentro marido, mujer y los hijos pequeños. Eran redondos, y de tres palmos o más de altos”.

² Salvatierra en sus primeras cartas escribe para hacer constar la importancia de las donaciones para realizar los primeros trabajos en las nuevas tierras (Río 1997).

de la misión de Loreto y su periferia, la segunda con los trabajos al sur de la península y la tercera hacia el desierto central (Figura 1).³

La Construcción de la Misión de San Francisco de Borja

La edificación del complejo misional se debió gracias a la donación de la bienhechora Duquesa de Vejar y Gandía doña María Anna de Borja, quién dotó con \$ 62,594 pesos a los padres misioneros jesuitas encargados de la evangelización en la península,⁴ con el fin que se erigiera una misión en memoria de su ancestro San Francisco de Borja y de Aragón. Con este dinero se adelantó con la fundación de Santa Gertrudis, San Borja y Santa María de los Ángeles en el desierto central; es decir, no sólo se expandió la misión frontera que en ese entonces era San Ignacio, sino que se avanzó, tanto en los límites de la cristiandad, como en la frontera geopolítica de la Nueva España.

Se puede decir que el proceso de construcción de las misiones no iniciaba con la edificación de las plantas arquitectónicas, pues estas actividades eran sólo parte del proyecto de construcción. Desde las misiones ya establecidas, los misioneros, ayudados de los indígenas, realizaban las exploraciones hacia el septentrión californiano; entre los exploradores más destacados se encuentra Fray Fernando Consag, quien en 1746 inició su primera expedición que culminó con el registro del Río Colorado, en ella se reconocieron lugares y bahías estratégicas donde pudieran zarpar para posteriores establecimientos.⁵

En 1751 y 1753, Consag, junto con el capitán Rivera y Moncada, continuó con los viajes y encontraron algunos sitios propicios donde abundaban algunas rancherías, pero no se encontraba con el vital líquido que les permitiera establecerse. Para finales de 1758 ya fundada la misión de Santa Gertrudis, llegaron a oídos del padre Jorge Retz noticias por medio de los indígenas, que “al norte de esta misión, como a tres días de camino, había un aguaje permanente, cuya agua corría en bastante abundancia” (Barco 1973:288). Lograron reconocer ese manantial y se dieron cuenta que “fue el mejor que se había encontrado desde las exploraciones del padre Consag”, ya que el agua se apreciaba de buena calidad para el riego y para el ganado. A ese paraje le llamaban los indígenas Adac.

La misión de Santa Gertrudis fue el lugar donde Wenceslao Linck, a quien se tenía destinado permanecer en esta cabecera, se preparó en la nueva lengua cochimí y se introdujo a la vida misional peninsular. Ya encargado de la misión, Linck se tomó el cuidado de empezar las

³ A partir de Loreto le sigue: San Francisco Javier, San Juan Bautista, San José de Comondú, La Purísima Concepción, Nuestra Señora de Guadalupe y Santa Rosalía de Mulegé; siete misiones que se erigieron en la periferia de la primera. Enseguida se adelantó hacia el sur de la península donde se establecieron otras seis misiones; Nuestra Señora de Dolores, Nuestra Señora del Pilar, San Luis Gonzaga, Todos Santos, Santiago y San José del Cabo. Para posteriormente avanzar hacia la última expansión en California con las misiones de Santa Gertrudis, San Francisco Borja y Santa María de los Ángeles.

⁴ Instituto de Investigaciones Históricas, Provincias Internas, vol. 213, exp. 11, foja 150, procedente del AGN.

⁵ Cabe mencionar que no fue el único explorador del territorio, aunque este es el más conocido por sus tres importantes derroteros, en 1746, 1751, 1753. Pero no desmerito a otros misioneros que también contribuyeron con esta actividad ya sea por mar o por tierra; por ejemplo, el padre Sistiaga, que fue misionero y explorador de la cabecera de Santa Gertrudis, José Mariano Rothea que estuvo en esta misma misión de 1759-1768, quien hizo derroteros y llegó a registrar los grandes murales de la Sierra de San Francisquito, el capitán Rivera y Moncada que fue un militar muy importante en la Baja y la Alta California hasta su muerte. El sistema de exploración fue implantado con una metodología, se ubicaban dos misioneros por cabecera precisamente para que uno se quedara al cargo de ella y el otro ubicara nuevos lugares ya sea para la siembra o para los nuevos establecimientos.

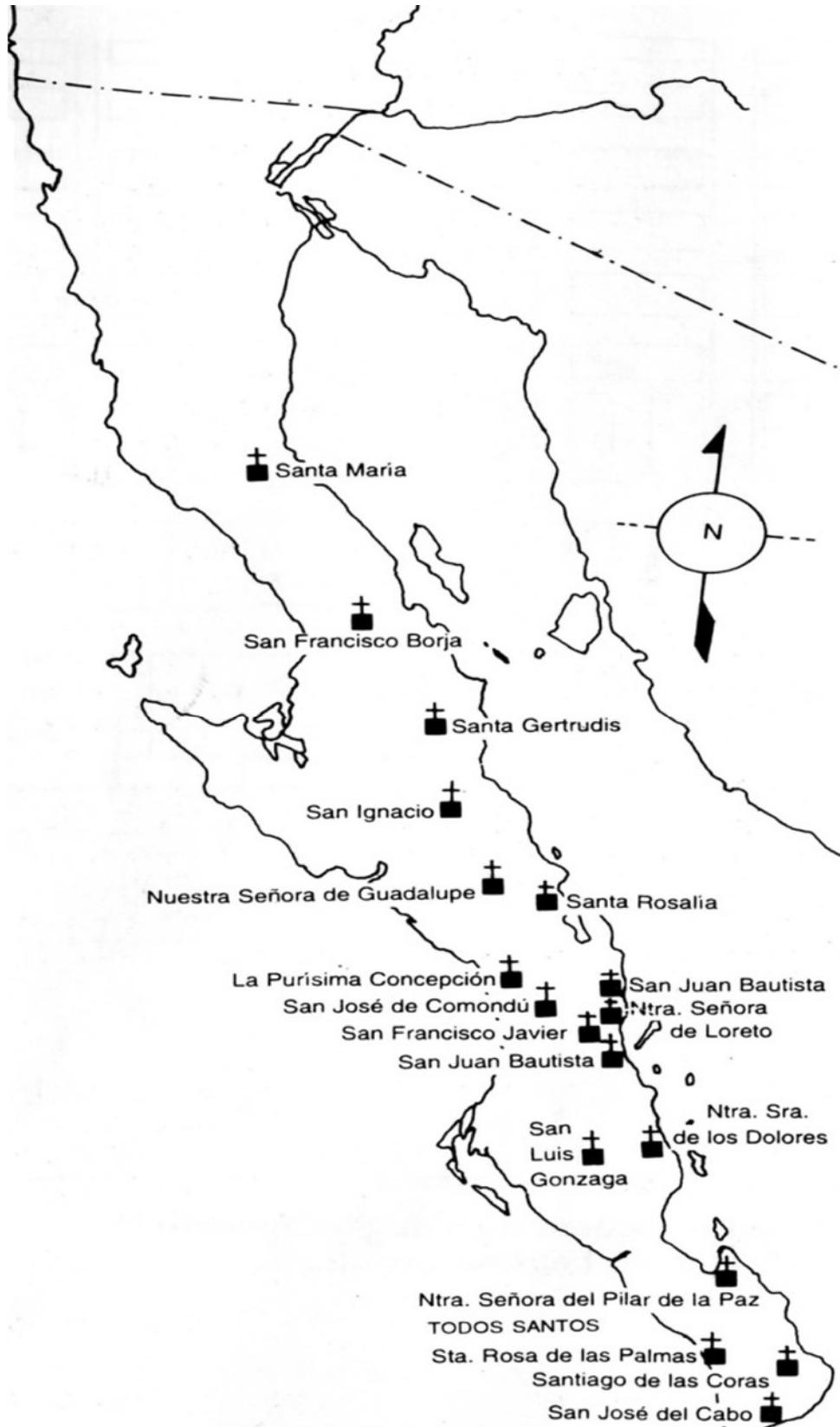


Figura 1. Misiones jesuíticas de Baja California.

primeras obras en Adac por el religioso Jorge Retz,⁶ quien era el que estaba propuesto para la nueva fundación.

Las crónicas nos relatan que una iglesia, una casa y el camino desde Santa Gertrudis hasta el paraje de Adac fueron las primeras edificaciones construidas por el dicho misionero (Barco 1973:295) en este lugar, pero no se mencionan los materiales que fueron utilizados para esta primera obra. Sin embargo, por el conocimiento que se tiene de algunas otras misiones del sur de la península, sabemos que por lo regular las primeras edificaciones eran provisionales y muy improvisadas. En general se levantaron las esquinas con troncos de palma, sus muros de adobe con algunas ramas o matorrales que se encontraban en las inmediaciones del paraje para techar el edificio. Fue necesario para el religioso llevar consigo algunos indígenas desde Santa Gertrudis para levantar las fábricas con éxito en muy pocos días.

Como parte del trabajo previo que se realizaba, para este momento había rancherías circundantes que ya se habían localizado e inclusive se habían bautizado algunos catecúmenos, por lo cual solo faltaba mudarse el misionero, la escolta de soldados y algunos indígenas ya convertidos para la ayuda del misionero al

paraje de Adac, donde se asentó la misión de San Francisco de Borja, que se encuentra a los 30 grados de latitud septentrional, a su oriente está Bahía de los Ángeles, distante medio día de camino, al occidente tiene la costa del océano o contracosta, a alguna mayor distancia de la ya dicha, de Adac a la bahía de los Ángeles o golfo de California. Al pie de un cerro, de cuya ladera brota el ojo de agua, hay un pequeño plan suficiente para establecer en él la misión, como se dice [Barco 1973:296].

Por otra parte, es interesante observar que Miguel del Barco describe en su narración que se agregaron otros elementos en la fase final de estas primeras obras, los cuales no estaban descritos anteriormente. Dice que

concluidas en Adac las rústicas fábricas de una pequeña iglesia y casa para el misionero, otra para el cuerpo de guardia y cuartel de los soldados de escolta, otra pieza para despensa, y guardar los bastimentos, y en fin otra para enfermería con división para hombre y mujeres. Pasó Wenceslao Linck al sitio, para establecer en él la misión de San Francisco Borja a fines de 1762, hallándose ya con buenos principios del idioma del país [Barco 1973:298].

Desde 1758 hasta el 1 de septiembre de 1762 en que se estableció la población misional, se fueron agregando paulatinamente elementos al complejo. Aunque por el procedimiento seguido en otras misiones se supone que antes de la fecha de fundación ya se habían celebrado liturgias y se habían bautizado indígenas, no se tiene registro de otro tipo de actividad misional. Con esta misión avanza el límite del proyecto misional jesuita hacia el norte de la península, y San Francisco de Borja se convierte en la cabecera donde se apoyan para lo que posteriormente fue la última fundación jesuita en la California.

Inmediatamente el capitán Rivera y Moncada se empleó en la búsqueda de los espacios adecuados para las actividades de la agricultura y ganadería. Dichas actividades fueron las que se suponía que iba a sostener la misión junto con los productos que se importaban de otras provincias. Pero a diferencia de las misiones de Sonora y Sinaloa que contaban con grandes parcelas, en San

⁶ Como se ha mencionado anteriormente, la construcción de la misión es un proceso que inicia antes de la erección formalmente del establecimiento; esto lo podemos observar en el método que utilizan los padres.

Borja solamente se pudieron delimitar pequeños huertos: primero por la calidad de la tierra, y segundo por la insuficiencia de agua destinada para mantener a todos los miembros y el ganado. Como constancia de la integración de estas actividades al complejo misional se menciona la construcción de un muro⁷ y una represa con los respectivos canales de riego para llevar el agua hasta la zona de cultivo, y aprovechar más el vital líquido dado las condiciones desérticas de la región. En otro aspecto, pero también importante para la vida de la misión, se construyó un panteón capacitado con bardas y puertas reforzadas para impedir el acceso a los indígenas⁸, ya que aquéllos eran constantemente acechados por éstos.

Al paso del tiempo con el crecimiento de la población misional, el padre Wenceslao Linck vio

que la pieza, que se había fabricado para la iglesia, no sólo era muy pequeña sino que había salido muy mal hecha, y por eso amenazaba ruina, tomó la providencia de hacer luego otra. Hiciéronse los adobes, y como esta especie de fábricas presto se levantan, en pocas semanas se acabó [Barco 1973:200].

Documentos sobre las misiones del sur de la península relatan el tiempo de elaboración de los adobes y la edificación de algunas capillas e iglesias: en una mañana se podían llegar a hacer quinientos adobes y por la tarde hasta seiscientos, y en dos días se levantaba la capilla y en otros dos días se hacía el techo (Ramos 1958:3-4).

En San Borja se levantó una nueva iglesia construida de material orgánico, de adobe, con vigas y techo de palma o con los mejores y más largos árboles de tule que se habían hallado hasta entonces en California. Y para concluir con esta fábrica, se blanquearon las paredes. No se explica la técnica con que fue construida la iglesia⁹ ni con que fueron blanqueadas las paredes, pero experiencias en el sur de la península dan cuenta de la manipulación de conchas petrificadas; eran quemadas para molerlas de tal manera que se hicieran polvo fino, que al mezclarlo con agua sirviera como cal y se emplastaran los muros para lograr el color blanco. También el yeso fue otro elemento que utilizaron para el acicalado de los muros, pero esto era para darle un toque terminal y estético a la obra.

Como constructores tenemos en el periodo jesuita al misionero Wenceslao Linck que ya hemos mencionado, y a su mano derecha Victoriano Arnés, quien llegó como su apoyo y se quedó a cargo de la misión cuando Linck continuó con las exploraciones hacia el norte de la California. Por su parte, los soldados, entre ellos Rivera y Moncada, apoyaron con mano de obra en la apertura

⁷ Instituto de Investigaciones Históricas, Historia, vol. 21, exp. 1, foja 391, procedente del AGN.

⁸ Nótese la información que Barco proporciona en cuanto algunas prácticas efectuadas por los indígenas en su cultura-tradición, que en general no existía la costumbre de enterrar a los muertos, si no que algunas bandas de nativos practicaban la incineración de ellos. Esto fue un cambio que producía mucha inquietud y recelo a los autóctonos, y algunas veces se dio el caso que hurtaban los cuerpos de las tumbas y los sometían a sus prácticas tradicionales. Esto era mal visto por los misioneros ya que al ser cremados los cuerpos no se cumplía: “De tierra fuiste formado y en tierra te convertirás”.

⁹ Como técnica aplicada en la antecesora misión de Santa Gertrudis se conoce que hincaban en el suelo cuatro horcajones en cuadro que serían las cuatro esquinas de la casa, si ésta había de ser pequeña o una sola pieza. De horcón a otro horcón ponían palos gruesos que llamaban latas, y descansaban sobre las horquetas de dichos horcones. Las latas delinearían así las cuatro lienzas de la casa, y de la altura de ellas, sería lo alto de las paredes. Para formar el techo de caballete del techo con suficiente declive para el agua de las lluvias, ponen otros dos horcones mucho más altos, en el medio de los dos lienzos opuestos de la casa, hincados también en el suelo cerca de tres palos para su firmeza.

de caminos y en el transporte del ganado desde Santa Gertrudis hasta la nueva San Francisco Borja. Con ellos, indígenas llegados del sur, algunos provenientes de las provincias de Sonora o Sinaloa, e indígenas de la región central de la península. Estos dos primeros grupos fueron ocupados por sus experiencias en anteriores exploraciones y como mano de obra en las edificaciones de las fábricas, y los naturales de la región, también como principal fuerza de trabajo en las obras, pero por ser los más nuevos en el conocimiento de construcción occidental, tuvieron que aprender a trabajar y cumplir con el rol misional.

Tras la expulsión de los jesuitas, los soldados quedaron al frente de las misiones mientras arribaban a la península los sucesores misioneros franciscanos. Algunos de ellos escribieron los informes de entrega, como fue el caso de esta misión de San Borja, donde el capitán Rivera y Moncada hizo esta redacción.

A la llegada de los dominicos al territorio, se enfrentaron con la realidad de la región y con el nuevo orden político establecido desde 1767 con la llegada del visitador José de Gálvez. Los documentos dan cuenta de los nuevos roces y enfrentamientos debido a las relaciones de poder entre eclesiásticos y seculares, por lo cual muchos de los escritos están enfocados más a evidenciar y reconocer las problemáticas suscitadas que a narrar el estado de construcción y avance de la misión.

Es muy probable que los siguientes años (hasta 1767) le hayan añadido algún otro elemento a esa nueva pieza edificada por Wenceslao Linck, ya que sólo se reconoce la construcción de la iglesia, pero es de pensarse que tendrían que seguir con los cuartos del misionero, el almacén y el cuarto para los soldados. Esta construcción original era de adobe y piedra, pero los jesuitas no la pudieron terminar al tener que salir de la California; esto nos lleva a deducir que estaban en proceso de construcción los otros elementos que se requerían.

Ahora bien, en el informe de entrega de las misiones que hizo Francisco Palóu a Vicente de Mora, se hace una descripción de todos los bienes con que se contaba hasta 1773. Describe minuciosamente cada uno de los objetos que se tienen en la iglesia y en la casa, el troje, el huerto, que ya se habían hecho. Pero lo que nos interesa es la descripción y el aporte de ellos al complejo misional:

Primeramente una iglesia nueva de adobe, de treinta y tres varas de largo en claro, ocho de ancho y cinco y media de alto; las paredes de dos varas de ancho con cinco ventanas, sus capialzados de madera labrada; el arco de la puerta de piedra labrada y lo mismo los marcos de las puertas de la sacristía y bautisterio; el techo todo de jacalón, tijeras de palma, largueros de sauce y cubierta de tule; la puerta también de la iglesia nueva de dos hojas y tres varas y cerca de tres cuartas de alto y dos varas y tres cuartas de ancho con sus postigos; en la sacristía dos puertas nuevas; la una con llave y la otra con su cerradura dentro.¹⁰

Ésta pudo haber sido la iglesia que edificó Wenceslao Linck, ya que coincide la misma descripción de materiales para su construcción: el tule, techo de jacalón con tijerales de palma, blanqueadas las paredes. A esto, José Luis Aguilar, en su análisis de la arquitectura de las misiones de Baja California, agrega un dato muy interesante:

del edificio de abobe quedan solo restos de los muros, con una altura de dos metros. Existe aquí un detalle muy curioso dada la naturaleza de la construcción: hay restos de una puerta cuyo vano está por piezas de cantera labrada hasta el arranque del

¹⁰ Instituto de Investigaciones Históricas, Misiones, vol. 12, exp. 10, foja 232, procedente del AGN.

arco que probablemente era de medio punto [Aguilar 1991:102].

Esta información también coincide con el arco de piedra labrada que Palóu está describiendo en su informe; es decir que a su paso por la península, los franciscanos agregaron un pórtico de piedra, en donde plasmaron su emblema.

Al seguir con la descripción en el informe de entrega de la misión, da paso a describir la casa:

Todo lo dicho es una casa nueva unida a la iglesia (ya se había narrado los bienes de la casa), con lo cual forma un cuadro perfecto: en el primer ángulo está una sala con un cuarto capaz para habitación; tiene dos puertas con sus chapas, tres ventanas, todas las puertas de madera, nuevas, de dos hojas, y cada una de ellas con su reja colada de madera, dos alacenas. En el segundo ángulo, dos oficinas y un zaguán con sus puertas y llaves, todo bastante capaz. En el tercer ángulo, una sala con un cuarto para habitación con sus tres ventanas, la una con reja y puertas de dos hojas; las otras dos con rejas de madera; una puerta nueva con chapa. Toda la casa con paredes gruesas, altas, blanqueadas, y bien techadas con jacalón. Ibidem; un cementerio bien capaz, cercado de paredes de adobe con su puerta y una cruz de madera encima, y en medio una cruz de piedra labrada.¹¹

Nótese primeramente que al iniciar la descripción, dice que “se forma un cuadro perfecto”, que si analizamos los planos (Catálogo Nacional 1986:313), nos damos cuenta que se dibuja la planta de adobe y la planta de cantera. Los planos de la primera dan cuenta que es un cuadro muy bien reconocido con una nave en una sola pieza, y los demás cuartos en forma de “U” cerrando la nave principal (iglesia) en cuadrado de un extremo al otro (Figura 2).

Los elementos que se describen dan a conocer las actividades que se realizan dentro del espacio misional. Es de pensarse que si se inicia con más obras de edificación, se requiere de más personal que lo lleve a cabo. Esto lo constata una de las cartas e informes que escribe Francisco Palou (1994:226), quien hace una síntesis de los indígenas que están de planta y sirven en los distintos trabajos y los que solamente han sido bautizados que no viven en las inmediaciones, pero que pertenecen a las rancherías de San Borja.

A quienes les tocaba habitar dentro de la misión en el procedimiento adoptado por los misioneros¹², lo hacían en las inmediaciones de ella. Por ejemplo, los sirvientes del fraile pudieron haberlo hecho en los cuartos cerca de la habitación del padre, ya que se sirven de las enseñanzas del modo de vida cristiana y de los beneficios que provee vivir dentro del complejo misional. A diferencia de los que estaban fuera de este espacio en este periodo, quienes seguían como nómadas cazadores- recolectores, que pudieron haber vivido como los señala Barco (1973:343): “en casas o chozas [improvisadas], cuyas fábricas, formadas de maderos gruesos, denotan que sus

¹¹ Instituto de Investigaciones Históricas, Misiones, vol. 12, exp. 10, foja 232, procedente del AGN.

¹² Véase Barco 1973:282-283. Este es un procedimiento que adoptaron los padres en la mayoría de las misiones, en el cual rotaban a los indígenas en grupos para su cristianización y para instruirse en el modo de vida occidental. No se menciona el tiempo de duración dentro de la misión, pero sí que en pocos años quedan cristianos, bien reducidos y bien dóciles todos los indígenas. “Cuando éstos salían, ya estaban allí, o llegaba presto, otra tropa de gentiles para el mismo fin de instruirse y bautizarse” añade Barco; “Estas tropas de gentiles eran ya de treinta personas, ya de cincuenta, ya de setenta, ya de más, ya de menos”. Todo esto por no contar el misionero con los suficientes recursos económicos con que mantenerlos. Como lo dice Rosa Elba Rodríguez (2006:181), “una buena parte de las estrategias fallidas en cuanto a alimentar a los indios con recursos de la misión consistió en la insistencia, por parte de los operarios del sistema misional, en adaptar los cultivos propios del mediterráneo europeo a las sequedades peninsulares ... fue una raquítica economía”.

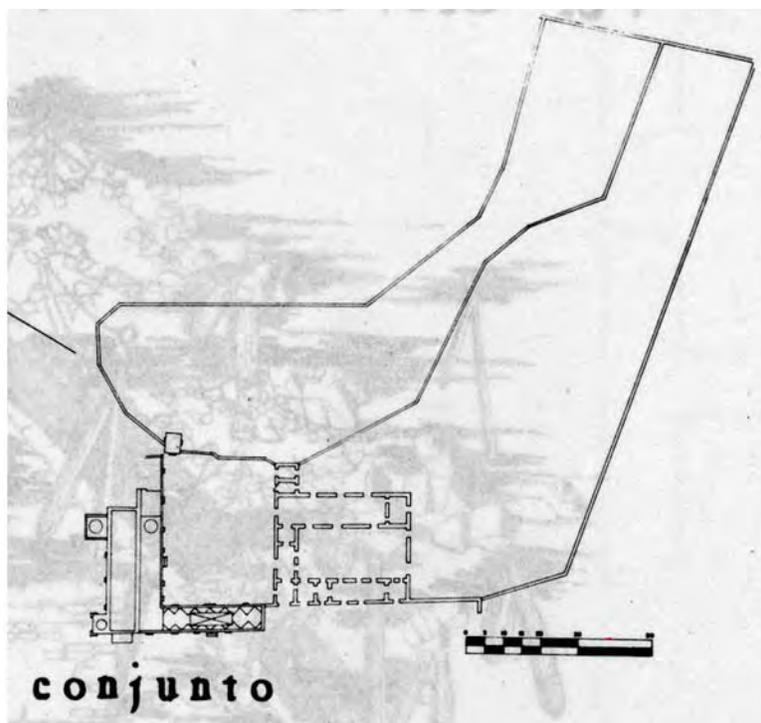


Figura 2. Plano de la misión de San Francisco de Borja.

habitadores son más industriosos o menos aborrecedores del trabajo que los demás de la California”.

Los dominicos trataron de dar continuidad al proyecto de construcción, pero el problema era que ahora la edificación dependía económicamente del gobierno, quien destinaba el pago a los sínodos y participaba más en los trabajos constructivos de la misión, por lo cual deducimos que ésta es parte de la causa por la que en los escritos o informes de estos religiosos no se encuentra mucha información relacionada con esta actividad.

Para esta época, los soldados estaban subordinados directamente al capitán o gobernador, tanto económico como militarmente, por lo cual ellos cambiaron su actitud respecto la figura del misionero. Con los jesuitas estaban condicionados a la ayuda del padre, ya sea en el trabajo o en lo que se requería; si no cumplían con los requerimientos, se les expulsaba de estas tierras y enviaban a otros. En cambio, en el periodo dominico, en algunos casos no presentaban interés en ayudar a los misioneros en la fábrica de cuartos o en alguna necesidad inmediata y como mencioné, se regían bajo las órdenes del capitán, gobernador, en algunos casos del virrey.

A la llegada del nuevo presidente de las misiones, el dominico Vicente de Mora hizo una inspección por todas las misiones de la península para enterarse del estado en que se encontraban, a su paso por San Francisco Borja (en 1773), y ver las tierras tan pobres para el cultivo y los problemas para cosechar por lo menos cuatro fanegas, sugirió a los padres misioneros de esta cabecera aprovechar los pocos arroyos que llegaban a la misión. Estos manantiales eran tan decisivos para la permanencia de la población misional, que decidieron los padres levantar dos pilas de mampostería de piedra para retener y aprovechar el agua (Nieser 1998:95).

El siguiente paso fue iniciar la edificación con material pétreo natural, una obra de mampostería, que se llevó a cabo por la extracción de piedras en las inmediaciones del complejo misional. En ésta, se construyó la iglesia (la nave principal que fungió como el recinto más sagrado del complejo misional), la sacristía, la casa y los corrales. José Luis Aguilar (1991:85) atribuye su

construcción a los padres dominicos Antonio Lázaro y Juan María Salgado, pero existen indicios en otros documentos sobre otros actores que también participaron en la obra. Por ejemplo, en el informe de Fray Tomás Ahumada en 1824, da noticia de la obra inconclusa en San Francisco Borja, donde “su templo y casa son de buena construcción, aunque no se concluyeron por falta de arquitecto que cerrase sus bóvedas” (pero da a entender que ya se había cimentado y levantado sus muros), y hay una nota al pie de página donde este misionero se atribuye la autoría del fin de esta obra: “tiene la iglesia, que dice compensada [y] terminada por mí, dos sacristías, un coro alto y el cuerpo de la iglesia todo de bóveda” (Trejo 2002:37).

La edificación concluyó con el fin de las obras de arquitectura, pero el proceso de construcción misional culminó cuando se decretó el proceso de secularización de las misiones. En ello se representa la falta de indígenas para poblar estos complejos y el contexto político-económico en el que se vio envuelto este sistema. Con esto, finaliza la evolución del programa intercultural que afectó principalmente a los indígenas y que trajo consigo su declive demográfico, pero que marcó la pauta para iniciar con otra etapa en Baja California.

Este espacio como territorio ocupado fue de carácter utilitario, simbólico y expresivo, ya que fue apropiado primeramente por los indígenas y redefinido en una diferente escala por los occidentales. Rosa Elba Rodríguez dice:

toda actividad humana tiene lugar en un espacio determinado, que funciona para los seres humanos que lo habitan, no solo como el contenedor de sus relaciones sociales y su actividad económica y política, sino como un elemento activo que influye en la estructuración misma de la sociedad [Rodríguez 2006:61].

La construcción del territorio del Desierto Central fue hecha primeramente por los nativos cazadores- recolectores que emplearon el nomadismo como la única manera de apropiarse de los recursos, es decir, que permite el óptimo aprovechamiento de ellos para la supervivencia, pues su disponibilidad varía constantemente y cambia de ubicación espacial según sus ciclos estacionales (Giménez y Lambert 2007:11, 12, 13). A esto se le agregan las manifestaciones identitarias simbólicas como las del gran mural, el propio aguaje, a lo que Gilberto Giménez emplea el concepto de geosímbolo, que es un marcador espacial, un signo que refleja o que va a forjar una identidad.

Con esto podemos entender que los misioneros se basaron en las construcciones geosimbólicas preexistentes para establecerse en lugares como en pozo de Adac, lugar que pudo ser ceremonial para haber festejado la vida o la fertilidad, y que este espacio fue redefinido por una continua negociación en las características y componentes, significativa en términos de la percepción que cada grupo tenía de ese ambiente (Rodríguez 2006:61). Así objetivaron el territorio con una cultura material la cual en conjunto tomó sentido como otro geosímbolo (misión), donde se forjaría y se reflejaría una nueva identidad en los trabajos, ocupaciones, tareas, religión y en general la vida de la misión, alineada a las formas occidentales del grupo hegemónico. Dice Robert Jackson:

Aunque a veces ignorado por los estudiosos, el caso (el conjunto de edificios) de las misiones era un importante y dispendioso aspecto del proyecto misional. Los misioneros no tenían que cambiar tan sólo las creencias y la forma de vida de los indígenas, sino que, adicionalmente, debían crear físicamente las comunidades, siguiendo los esquemas que se había utilizado en la construcción de las ciudades coloniales de la América Española [Jackson 2001:16].

En San Francisco de Borja se edificaron una serie de obras arquitectónicas que las fuentes

documentales sí constatan, pero queda mucho trabajo por hacer en cuanto a la búsqueda e interpretación de más fuentes documentales (que hay más trabajo y documentos de la época jesuita que en el periodo que intervinieron los dominicos) y de las fuentes físicas para lograr un conocimiento más íntegro en el campo de la ciencia.

Surgen nuevas preguntas e hipótesis acerca de la arquitectura misional bajacaliforniana que pudieran ser explicadas para la posteridad. Primero porque comparten un modelo arquitectónico precisamente de Santa Gertrudis, San Francisco de Borja, y Santa María de los Ángeles. Aunque las fábricas de cantera en Santa Gertrudis y San Borja fueron hechas por los dominicos, puede llegarse a explicar que copian los mismos patrones efectuados por los jesuitas en las misiones de adobe, basados en la condición geográfica del desierto central. Primero se levantan dos cuartas partes que logran formar una “L”, y cuando crece el pueblo y sus recursos, se le añade la otra mitad, cerrando un cuadro perfecto donde esté unida la iglesia con la casa y generalmente también con el almacén. Pero en las misiones del centro peninsular nunca pudo crecer el pueblo, precisamente por no tener los suficientes recursos para mantener a un grupo considerable de indígenas dentro del complejo misional.

Bibliografía

Aguilar, José Luis

1991 *Misiones en la península de Baja California*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Barco, Miguel del

1973 *Historia natural y crónica de la Antigua California*, Universidad Nacional Autónoma de México.

Catálogo Nacional

1986 *Monumentos históricos inmuebles en Baja California*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

Díaz, Marco

1986 *Arquitectura de las Misiones de Baja California*, Universidad Nacional Autónoma de México.

Giménez, Gilberto y Catherine Héau Lambert

2007 “El desierto como territorio, paisaje y referente de identidad”, *Culturales* 3(5):7-42.

Jackson, Robert

2001 “La frustrada evangelización: las limitaciones del cambio social, cultural y religioso en los ‘pueblos errantes’ de las misiones del Desierto Central de Baja California”, *Fronteras de la Historia* 6:7-40.

Nieser, Albert

1998 *Las fundaciones misionales dominicas en Baja California, 1769-1822*, Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali.

Palou, Francisco

1994 *Cartas desde la península de California (1768-1773)*, Porrúa, México.

Ramos, Roberto

1958 *Tres documentos sobre el descubrimiento y exploración de Baja California por Francisco Pícolo, Juan de Ugarte y Guillermo Stratford*, Jus, México.

Río, Ignacio del

1997 *La fundación de la California jesuítica: siete cartas de Juan María de Salvatierra*

- (1697-1699), Universidad Autónoma de Baja California Sur, La Paz.
- Rodríguez Tomp, Rosa Elba
2006 *Los límites de la identidad: los grupos de indígenas de Baja California ante el cambio cultural*, Gobierno del Estado de Baja California Sur, La Paz.
- Trejo, Deni
2002 *Informes económicos y sociales sobre Baja California, 1824-1857*, Universidad Autónoma de Baja California, Mexicali.